



Begoña
F. Bailez

Horneando la Navidad





Horneando la Navidad

Begoña F. Bailez

Begoña
F. Bailez

Horneando la Navidad



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, noviembre 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-53-1
Depósito Legal: CS 902-2025

© del texto, Begoña F. Baílez
Corrección, María Comas

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A los amantes de las películas románticas navideñas.

It's time!



JUEVES, 28 de noviembre

Elijah Miller lanza una mirada curiosa a su alrededor antes de entrar en su despacho. Algo se está cociendo en esa oficina y odia no saber de qué se trata. Durante toda la mañana, el despacho de Harold ha sido un ir y venir de abogados, amigos por interés, consejeros de dudosa capacidad y miembros del consejo de dirección. Solo ha faltado el mandamás para que a Elijah se le ponga la piel de gallina.

Lleva demasiado tiempo en Happy Cookie Co. como para saber que, cuando tanta gente visita a Harold, algo va a pasar y, por lo general, no es nada bueno. Hace meses que no hay rumores de despidos, pero con ese jefe nunca se sabe. Elijah se quita el abrigo y la americana, los cuelga en el pequeño armario que hay junto a la puerta de su despacho y se sienta

en su sillón, dispuesto a actualizar su currículum. Por lo que pueda pasar.

La situación de ese jueves no ha mejorado nada su malestar general de los últimos días. Elijah no puede creerse que todo el mundo ya se haya vuelto loco con las decoraciones navideñas. Ni siquiera han celebrado Acción de Gracias, por el amor de Dios. Para las personas a las que no les gustan esas fechas y, sobre todo, para los que las odian, como Elijah, tanto tiempo soportando los villancicos, las guirnaldas y las luces es una tortura demasiado larga.

Gruñe cuando se da cuenta de que se ha dejado la puerta del despacho abierta. Lo ha hecho para ver si puede enterarse de algo, pero eso también significa que tiene que ver la corona navideña que la secretaria de su departamento ha colgado a primera hora de la mañana en cada cubículo para darle un aire festivo a la oficina una vez que vuelvan de las vacaciones de Acción de Gracias.

Pero pueden más sus ganas por enterarse de lo que está tramando Harold que su odio por la Navidad, así que no se levanta para cerrar la puerta. Una vez actualizada su experiencia laboral en todas las páginas en las

que se inscribió después de la crisis que sufrió en verano, continúa trabajando.

Pensó que podría hacerlo; que podría sentarse en su oficina, hacer el trabajo, aguantar los cíclicos arranques irracionales de Harold y, pasado un tiempo, jubilarse y retirarse a un pequeño pueblecito, donde dedicarse a escribir, que es lo que le apasiona. Pero después de que Harold echase a la mitad del equipo directivo justo antes de las vacaciones de verano y le cargase a él con tanto trabajo que hasta había días que pasaba por su apartamento para ducharse, cambiarse de ropa y, como mucho, dormir cuatro horas, Elijah tuvo una crisis, más existencial que nerviosa, y decidió que había tenido suficiente.

Lo que no quiere decir que le dé igual que lo despidan. Todo lo contrario. Aún quedan siete meses para cumplir el plazo que se dio para conseguir ese ascenso que Harold lleva años prometiéndole y que se merece más que nadie en esa empresa. Más que el propio Harold, si tiene que ser sincero.

Con toda la carga de trabajo que lleva soportando los últimos meses, si Harold no le premia con algo que se ha ganado a pulso, Elijah tendrá que irse. Y para

encontrar un empleo mejor necesita un currículum impoluto, lo que implica irse él antes de que lo echen.

Visualiza la cabañita que quiere comprarse para retirarse: el fuego en la chimenea, el portátil sobre la mesa con una vela y una taza de café. Todo listo para una sesión de escritura.

Pero para poder hacer eso tiene que ganar el dinero suficiente como para que le permita sobrevivir porque, aunque su pasión sea escribir, duda mucho que se atreva a enviar a alguna editorial ninguno de los manuscritos que guarda en el cajón derecho de su escritorio. Al menos, no durante un tiempo.

Está a punto de acabar la jornada: ha dejado todo listo, ha cerrado un par de expedientes y ha respondido a todos los correos que ha recibido. No es que tenga muchos motivos para regresar a su apartamento, pero cocinar algo rico, ponerse una película y tomarse una copa es mucho más interesante y satisfactorio que quedarse en la oficina haciendo el trabajo que otros no han querido hacer.

Está apagando su ordenador cuando Harold aparece en el hueco de la puerta. Elijah tiene que contenerse para no poner los ojos en blanco.

—¿Te vas ya?

Harold siempre usa ese tono acusador; como si la obligación de todos los trabajadores fuera estar disponible para él y la empresa las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Ya son las seis y cinco y es Acción de Gracias.

Harold mira el Rolex que lleva en la muñeca y murmura algo ininteligible mientras pone morritos y asiente con la cabeza.

—Ven un momento a mi despacho, quiero decirte una cosa.

Sin esperar respuesta, Harold gira sobre sí mismo y se aleja por el pasillo en dirección a su despacho. Elijah suspira, recoge su maletín, la americana y el abrigo del armario y camina detrás de su jefe. Así queda claro que tiene intención de irse en cuanto acaben de hablar.

—Siéntate.

Elijah apoya sus cosas en una de las sillas y se sienta en la otra, tomándose su tiempo solo por el placer que le produce tocarle las narices a su jefe.

—Se acerca la campaña de Navidad. Nuestras ventas de galletas navideñas han disminuido en los últimos años, a pesar de que hemos... neutralizado a casi todos nuestros rivales.

Por «neutralizarlos», Harold se refiere a comprar las empresas o hacer campañas de desprestigio hasta hacerlas desaparecer. A Elijah no le gusta ninguna de las dos prácticas, pero la segunda, en especial, le parece despreciable.

—Pero este año... —Harold chasquea la lengua y niega con la cabeza un par de veces—. Las cosas se nos están poniendo feas. Nuestros datos dejan claro que hay una empresa que se está llevando a nuestros clientes y quiero que regresen, Miller.

A Elijah le gustaría decirle que a él le da igual, que va a cobrar lo mismo, pero antes de ponerse en una situación comprometida, Harold continúa con su discurso:

—Tenemos poco tiempo para recuperarnos, pero todavía tenemos una oportunidad. He decidido que tenemos que plantarle cara a Evelyn's Cookies. Aquí está la cantidad que estamos dispuestos a invertir en este tema. —Harold le alarga un Post-it con una cantidad increíblemente generosa—. Por supuesto, intenta que sea mucho menos que eso.

—Por supuesto. —Espera que el tono no haya sonado demasiado burlón. Si lo ha sido, parece que Harold no lo ha captado.

Espera en silencio a que Harold continúe porque, hasta donde Elijah sabe, él todavía no ha aprendido a leer la mente y su jefe aún no le ha dicho para qué le ha pedido que vaya a su despacho.

Harold carraspea, se pasa la mano por el pecho. Se ajusta la corbata, alisa la tela de la chaqueta, comprueba que el botón sigue abrochado y, al final, levanta la cabeza y lo mira.

—Tienes que desplazarte hasta Fiananville y hacerte con Evelyn's Cookies antes de Navidad.

—¿Antes de Navidad? Queda menos de un mes —protesta, aferrándose con tanta fuerza a los reposabrazos de la silla que se le tornan los nudillos blancos—. Además, eso no mejoraría las ventas de cara a la campaña navideña.

—No es solo esta Navidad la que está en juego. San Valentín está a la vuelta de la esquina y necesitamos atajar la tendencia descendente.

—Entonces, tal vez, deberíamos centrarnos en San Valentín. Busquemos a alguien que pueda hacerse cargo de este proyecto y...

—Confío en tu talento.

—Señor Harold, no he hecho esto antes. Mi labor...

—Conoces la empresa —lo corta Harold—. Sabes cómo trabajamos y te manejas como nadie con las palabras y los números. Consígueme Evelyn's Cookies antes de Navidad y te prometo que serás el jefe del departamento, con el consiguiente sustancial aumento de sueldo.

Tiene que contenerse para no doblarse por la mitad al escuchar esas palabras. Son como un puñetazo directo al estómago. Harold sabe cómo tentarlo y cómo seguir poniéndole la zanahoria delante para llevarlo donde quiere tenerlo.

Tiene pocas dudas sobre la ineptitud de Harold como empresario, pero como vendehúmos y manipulador de manual no tiene competencia.

Que Elijah esté pensando en serio en aceptar la propuesta dice mucho de él, y en ese momento nada bueno.

Cierra los ojos un par de segundos, aprovechando que Harold se ha acercado a la ventana para observar los edificios que se extienden frente a ellos y no puede verlo. Visualiza la cabaña, la chimenea, la taza humeante de café, la vela aromática, su portátil y esa novela que lleva semanas rondándole por la cabeza.

—Tengo que pensarlo. A la vuelta de las vacaciones...

—Quiero una respuesta ya. Puedes decir que no, por supuesto. No puedo obligarte a hacerlo, pero a la persona a la que se lo ofrezca, tendrá el encargo con las mismas condiciones que te he ofrecido a ti: puesto de jefe de departamento y aumento de sueldo. Sabes lo que eso significa.

También tiene claro que Harold sabe detectar los puntos débiles de sus rivales y no tiene ningún pudor en apretar hasta obtener el resultado que quiere.

La cabaña, jubilarse antes de no tener energía para nada más que jugar a las cartas, tiempo libre... se repite en silencio.

—Está bien. Lo haré.

Se arrepiente en cuanto ve la sonrisa de Harold. No solo le ha dado lo que quiere, sino que sabe que se lo ha dado por mucho menos de lo que ese hombre debería ofrecerle a cambio.

—Mi secretaria te enviará los billetes a tu correo electrónico y te buscará un alojamiento en...

—Harold hace un movimiento con la mano, quitándole importancia—. Donde sea.

Elijah se pone en pie, se pone la americana, se cuelga el abrigo del brazo y coge el maletín.

—Tráeme esa maldita fabricucha para Navidad. Confío en ti. —Harold le tiende la mano.

Tan fabricucha no será cuando sus planes de recuperación pasan por hacerse con su mercado, piensa mientras observa esa sonrisa de suficiencia en el rostro de su jefe.

Elijah se cambia el maletín de mano y le estrecha la que le ofrece Harold. Le encantaría borrarle esa estúpida sonrisa de la cara, pero sabe que no puede hacerlo, así que hace una mueca, que espera que pase por un gesto amable, y da un paso atrás para poner espacio entre ellos.

—Buen viaje. Te veré a la vuelta, aunque espero informes periódicos de tus avances.

—Por supuesto. —Hace un gesto con la cabeza y sale del despacho, lamentando lo mucho que se va a arrepentir de haber aceptado esa encerrona.

Tira el abrigo y el maletín al asiento del copiloto y maldice en voz alta, golpeando el volante en cuanto se sienta tras él. Sale al espantoso tráfico de Nueva York y se prepara para tardar el doble que cualquier día.

Al menos salir de la ciudad tendrá algo bueno. Se va a evitar todos los atascos producidos por la marabunta que suponen el Black Friday y las compras compulsivas.

Ese año se ahorrará coger el metro durante el mes de diciembre, como ha hecho otros años para no tener que sufrir el horrible tráfico de esas fechas.

Cada minuto que lo separa de la oficina le proporciona un motivo por el cual su respuesta positiva ha sido una mala idea. Empezando porque, sin un papel firmado por Harold, la promesa del ascenso y el aumento es eso: una promesa y no una realidad. Siguiendo porque no tiene ni idea de cómo convencer a una agradable anciana llamada Evelyn de que le venda su fábrica de galletas. Y terminando porque, en realidad, no quiere hacerlo.

Todavía no tiene muy claro quién es exactamente Evelyn's Cookies ni dónde está Fiananville, pero duda mucho de que una gran empresa se haya instalado en un lugar que no sabe ni si está en el mapa, así que, si es una pequeña empresa que está haciendo las cosas mejor que Happy Cookie, esta ya tiene toda su simpatía.

Pero necesita un trabajo y dinero si pretende no quedarse sin sueño. Aunque, en realidad, es mucho más que eso. La posibilidad de dedicarse a escribir alejado del mundo es su forma de escape. A lo que se aferra cuando todo pesa demasiado.

Puede que ese encargo no sea malo del todo. Odia la ciudad en esas fechas. En realidad, no es que ame Nueva York ni nada por el estilo, pero, en su momento, fue su refugio y Elijah siempre le estará agradecido por eso. En el peor de los casos, si no consigue comprar Evelyn's Cookies, podrá volver a su puesto de siempre durante un tiempo mientras busca algo mejor. Le costará más llegar a su objetivo, pero, de todos modos, se había dado hasta el verano para mejorar o cambiar.

Sonríe mientras enfila su calle. Puede que, al final, ese encargo no sea tan malo después de todo.